

## Algunas reflexiones sobre el proceso de investigación en arqueología

Desde una posición teórica materialista histórica, se desarrollan diversas reflexiones sobre la forma que entendemos debe adoptar la estructura lógica del proceso de investigación en arqueología. En este sentido se marcan diferentes etapas dentro del proceso general de conocimiento así como sus fundamentos lógicos. Finalmente, se realizan diversas críticas a las formas de conocimiento y estrategias metodológicas postprocesuales que en el discurso arqueológico contemporáneo presentan una creciente incidencia.

Palabras clave: Arqueología, materialismo histórico, metodología, teoría del conocimiento, categoría, hipótesis, información empírica, arqueología postprocesual.

El presente trabajo es el resultado de toda una serie de reflexiones producto del interés por abordar diversos problemas de concepto y de estrategia teórico-metodológica, que nos permita encuadrar de una forma coherente el trabajo de investigación que actualmente desarrollamos en relación con las sociedades del final de la edad del Bronce en la alta Andalucía y su sudeste<sup>1</sup>.

En ningún caso hemos pretendido ser exhaustivos, tan sólo presentar algunas reflexiones que entendemos interesantes de cara a articular un necesario debate sobre la forma de aproximarnos a la realidad que conocemos como proceso histórico.

Desde el momento en que nuestro trabajo como arqueólogos tiene como objetivo explicar un determinado nivel de la realidad es necesario cuestionar la

From a historical materialist point of view, we reflect upon the way that logical structure in the research process in archaeology must be adopted by pointing out several stages of the general process of knowledge as well as their logical basis. Finally, we criticize postprocessual manners of thought and methodological strategies which have a great impact on current archaeology.

Key words: Archaeology, Historical Materialism, Methodology, Theory of Knowledge, Categories, Empirical Information, Hypothesis, Postprocessual Archaeology.

problemática de la teoría de la realidad y de la lógica como mecanismo de aproximación a ella. Los problemas de la teoría del conocimiento se convierten de esta forma en un elemento de referencia de cara a valorar la certidumbre sobre las afirmaciones que continuamente realizamos sobre la realidad.

Desde nuestra perspectiva teórica asumimos un posicionamiento de carácter materialista histórico. En hecho implica asumir el materialismo dialéctico como soporte ontológico del materialismo histórico, entendiendo que el materialismo histórico supone el análisis de un particular nivel de la realidad. En este caso la representada, como hemos indicado, por el proceso histórico (ALTHUSSER 1967).

La concepción dialéctica de la realidad supone un avance respecto a las concepciones de tipo metafísico, ya que plantea como uno de los objetivos de la ciencia conocer la realidad tal y como es. Se parte del hecho de que la realidad no es simple ni estática de lo cual se desprende dos principios básicos de la dialéctica, la unidad material del mundo y el movimiento universal, principios que unidos a la objetividad material de la realidad constituyen los elementos fundamentales del materialismo dialéctico (GOOD, GRANT 1995).

\* Becario de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia. Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Granada. Teléfono 958-243611. E-mail: garanda@platon.ugr.es

1. El trabajo de investigación que actualmente desarrollo es dirigido por D. Fernando Molina González a quien agradezco el asesoramiento y la orientación que en todo momento me ha proporcionado.

Este planteamiento no implica que el conocimiento resultante del proceso de abstracción quede excluido sino que, al contrario, es concebido como una condición necesaria para la explicación teórica de la realidad histórica concreta, realidad que se caracteriza por ser compleja y dinámica (BATE 1982, 22; GOOD, GRANT 1995).

La dialéctica como lógica se plantea como problema fundamental el contenido objetivo de los conceptos y juicios analizados desde la lógica formal. Entiende que el pensamiento real se desarrolla a través de la contradicción entre verdad y error como reflejo de la relación indisoluble entre conocimiento y práctica. El objetivo de la lógica dialéctica es conocer las diversas formas particulares que adquieren las leyes generales en el proceso de conocimiento que busca acercarse a la realidad concreta. Por tanto, la objetividad de los contenidos del conocimiento depende de su correspondencia con una realidad que es exterior a la subjetividad de los procesos lógicos (BATE 1982, 22).

El posicionamiento básico de toda teoría materialista pasa por la afirmación de que la realidad objetiva es la materia cuya existencia es independiente de nuestra conciencia, presentando unas características que le son propias y que podemos llegar a conocer mediante la articulación de procedimientos lógicos.

Este principio es fundamental de cara a entender cómo la documentación obtenida desde cualquier posicionamiento teórico es perfectamente asumible desde otra concepción, siempre y cuando esa documentación responda a las características objetivas de la realidad y puedan ser contrastadas. No obstante, las posibilidades inferenciales quedan, obviamente, condicionadas por la documentación disponible, obtenida para cubrir unos objetivos concretos que distan de las necesidades de conocimiento que desde otras perspectivas puedan plantearse.

Este es uno de los problemas fundamentales con el que nos enfrentamos numerosos investigadores cuando intentamos analizar una documentación obtenida bajo parámetros teórico-metodológicos distintos a los nuestros.

No obstante, entendemos importante remarcar que cualquier documentación arqueológica es perfectamente asumible siempre y cuando entendamos que la realidad presenta unas características propias independientemente de la conciencia humana.<sup>2</sup>

Pero realmente, ¿cuál es el método que nos permite aproximarnos a las características objetivas de la realidad que deseamos conocer? En el siglo III a.n.e. el estudioso griego Erastótenes observó que un palo vertical situado en la unidad de Cirene no proyectaba ninguna sombra al mediodía. Después observó en su propia

ciudad, Alejandría, que un palo vertical sí proyectaba sombra al mediodía. Partiendo de esta observación de fenómenos físicos dedujo que la tierra era redonda. Con posterioridad, tras medir la distancia entre Alejandría y Cirene, calculó la circunferencia de la tierra utilizando unos principios de geometría simple. En esencia este sería el genuino método de la ciencia en acción, una mezcla de observación, hipótesis, razonamiento y contrastación.

Si partimos del principio que la realidad existe independientemente de la conciencia, el propósito de la concepción dialéctica entendida como lógica es articular toda una serie de procedimientos cognitivos que hagan posible conocer las características objetivas de la realidad. El conocimiento subjetivo de la realidad y la realidad material no son idénticos, lo que implica que podemos errar en nuestras afirmaciones. Precisamente descartar o minimizar esta diferencia entre conocimiento de la realidad y realidad material es el objetivo de la lógica (BATE 1982, 13; PRETEL 1994, 143).

Desde un punto de vista materialista, la objetividad científica implica la correspondencia del conocimiento con la realidad existente fuera de la conciencia humana. De aquí se desprende que validez y verdad no son sinónimos, un conocimiento válido es el resultado de la correcta aplicación de los principios y procedimientos lógicos, pero como se trata de procedimientos subjetivos, el resultado puede ser verdadero o falso. Un conocimiento verdadero es el que corresponde a determinadas propiedades de la realidad objetiva y debe poderse formular con validez lógica (BATE 1982, 13).

En este sentido sólo existe un criterio de contrastación, la práctica como criterio de verdad. Sólo mediante la praxis podremos discriminar aquellas concepciones que no se ajusten a las características de la realidad que deseamos conocer, siendo esta la única forma de enfrentar contradictoriamente nuestras concepciones con la realidad. Con la práctica se resuelve el problema de la relación entre el sujeto y el objeto descubriéndose, de esta forma, la auténtica fuente de conocimiento (PRETEL 1994, 143).

Podemos realizar, por tanto, una distinción básica entre la realidad y la experiencia, o sea, entre lo observable y la observación. La realidad observable existe independientemente de los observadores y de sus modelos de racionalidad. Sin embargo, la observación supone la predisposición del sujeto a obtener una experiencia sensible claramente determinada por los prejuicios subjetivos del observador.

De todas estas afirmaciones se deriva que la metodología de cualquier investigación pasa necesariamente por plantear un conjunto de hipótesis sobre las características de la realidad que deseamos conocer, para posteriormente contrastar nuestra concepción del proceso que investigamos con las características objetivas de la realidad. El diseño de cualquier investigación no puede ser ajeno a estas hipótesis de partida aunque obviamente el desarrollo de la investigación nos irá marcando las pautas para su modificación.

La lógica del método debe permitir tanto la comprobación como la refutación de las hipótesis iniciales ya que, en caso contrario, no podremos saber si una teoría es falsa o verdadera. El proceso de investigación así

2. Un buen ejemplo de este principio viene representado por el trabajo realizado por los alquimistas medievales que durante siglos trataron de descubrir un procedimiento que les permitiera transformar un metal base en oro. En este caso, la formulación de un planteamiento claramente científico provocó el desarrollo de un importante corpus de documentación empírica, inventando instrumentos que todavía se utilizan en laboratorios modernos o describiendo y analizando una amplia gama de reacciones químicas que se encuentran en la base de la química moderna (WOODS, GRANT 1995, 74-75).

planteado nos debe conducir al conocimiento objetivo de la realidad y a su explicación.

Ahora bien, las hipótesis de partida necesariamente están condicionadas por nuestra concepción teórica que marca, de forma clara, aquellos elementos que deben ser investigados por poseer relaciones explicables con aquellos aspectos que nos interesa inferir, y que resultan relevantes para nuestra posición teórica. En el materialismo histórico el sistema de regularidades y leyes fundamentales que rigen la causalidad de los procesos sociales aparece formulada teóricamente en la categoría de formación económico-social.

El conocimiento del conjunto de las regularidades culturales se convierte en un elemento de primera magnitud, aunque no suficiente, para alcanzar el objetivo último de la arqueología entendida como ciencia, léase, la interpretación de los procesos históricos analizados. Desarrollar una explicación implica establecer un sistema de regularidades y leyes objetivas que rigen la estructura y causalidad de los procesos sociales.

Un elemento dentro del sistema posee diversos tipos de relaciones simultánea y sucesivamente con otros elementos del mismo o de otros sistemas. Cuando desarrollamos una formulación teórica lo que estamos realizando es una delimitación de aquellos niveles de la realidad objetiva que entendemos como básicos para el proceso explicativo. En realidad las categorías no son sino la abstracción de unas determinadas relaciones que de forma continuada se nos presentan en los procesos históricos y que, desde una perspectiva materialista, deben responder a las características objetivas de la realidad.

Cuando, por ejemplo, se formula de manera general la categoría de modo de producción, éste refleja el hecho objetivo de que en todas y cada una de las sociedades existen procesos de producción material que involucran necesariamente una relación entre fuerza de trabajo y medios de producción mediada por relaciones de propiedad, configurando un sistema de relaciones de producción, sistema que se corresponde con un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas.

Estas relaciones son reales, independientemente de que varíen las características de los medios de producción, de las fuerzas de trabajo, los tipos de relaciones de propiedad o producción. Por tanto, la explicación de los sistemas sociales del pasado necesita conocer el conjunto de regularidades esenciales que nos permitan estudiar la causalidad de los procesos sociales. Las categorías son el resultado del conocimiento y, a su vez, orientan su desarrollo posterior (BATE 1982, 21; PRETEL 1994, 69).

Si, por ejemplo, pretendemos que es posible inferir algunas de las características de las formaciones sociales prehistóricas a través de sus producciones cerámicas, líticas, metalúrgicas, formas y distribución de sus diferentes complejos constructivos, etc., es porque suponemos que entre esos productos del trabajo y la organización de las sociedades prehistóricas hay una relación análoga en lo general y diferente en lo particular a las relaciones que existen entre la economía de mercado, las botellas de coca-cola, la planificación urbanística, etc. y el modo de producción capitalista.

En realidad es el contexto metodológico-conceptual elegido el que determina el desarrollo de una u otra línea de investigación o procedimiento concreto, implicando toda una serie de presuposiciones de carácter general que conforman todo un sistema de racionalidad. De estas consideraciones se desprende que no es viable la confrontación de las distintas estrategias de investigación en el campo de la praxis, ya que cada una de ellas presenta unos objetivos, problemática y resultados perfectamente justificables dentro de su contexto metodológico.<sup>3</sup> El dato más crucial para una teoría puede ser irrelevante para otra. Lo verdaderamente importante es, precisamente, el contexto que determina la necesaria elección de una u otra línea de investigación o procedimiento concreto. La discusión y confrontación, por tanto, debe plantearse al nivel de los modelos de racionalidad subyacentes en los diferentes programas de investigación (VICENT 1982, 13).

En esta línea debemos recordar que detrás de la forma de proceder de cualquier investigador existe un complejo sistema de valoraciones que constituyen todo un código de racionalidad que actúa en la mayoría de las ocasiones de forma subliminal.

Por otra parte, la explicación científica en ningún caso se reduce a la inclusión del fenómeno singular bajo una ley general. La investigación debe mostrar, además de las regularidades esenciales que como proceso histórico comparte, las propiedades y características que le son propias, las cuales deben quedar plenamente integradas dentro de la explicación del proceso histórico concreto. Al comparar estas características con las de otros fenómenos del mismo género podría resultar que algunas de las regularidades no planteadas hasta ese momento sean igualmente esenciales y generales. De esta manera, la investigación cuyos procedimientos metodológicos derivan de la teoría en su punto de partida, permite el conocimiento de un nuevo fenómeno concreto y abre la posibilidad de modificar la teoría general. Las categorías, por tanto, poseen un valor relativo ya que el propio proceso de conocimiento abre la posibilidad de su modificación (BATE 1982, 15; PRETEL 1994, 68).

Las formulaciones generales deben desarrollarse para explicar las particularidades de la sociedad en los distintos aspectos o momentos históricos en los que se centre cada investigación. La concepción dialéctica de la lógica plantea los mismos principios, categorías, procedimientos inferenciales, problemas de verificación y demostración para el conocimiento de los procesos sociales, aunque obviamente es preciso adecuar dichos procedimientos generales a las características de la realidad que tratamos de conocer (BATE 1977, 1982).

Desde esta perspectiva, la arqueología se caracteriza por una clase de información que posee una naturaleza particular. La explicación e interpretación de los procesos estudiados está condicionada por el tipo de información empírica que se obtiene, y que presenta algunas peculiaridades que la diferencian de los datos que manejan habitualmente otras disciplinas.

3. Por metodología debe entenderse la estructura formal del discurso científico.

Concretamente, la información utilizada es el resultado de las diversas actividades de transformación material de la naturaleza para cuya realización los grupos humanos establecen necesariamente unas relaciones sociales concretas. Además, las características específicas de la información arqueológica también condicionan la metodología que se utiliza en los procesos de recuperación de la información y procesamiento de los datos.

Es precisamente la especificidad de los datos arqueológicos la que ha generado una necesaria e importante línea de investigación que posibilita interpretar la fenomenología arqueológica. Concretamente, nos referimos a la relación existente entre el dato arqueológico actual, que el investigador documenta, y las características de dichas evidencias en el contexto social original. Por tanto, la posibilidad de realizar inferencias a partir de la documentación arqueológica depende de la correcta comprensión de los procesos de formación y transformación de los depósitos arqueológicos (SHARER, ASHMORE 1979; BUTZER 1989).

A este nivel, uno de los problemas básicos consiste en explicar cómo la existencia y desarrollo de las sociedades genera toda una serie de cambios y transformaciones cuyos efectos, en un momento dado de su propia historia, integran el cuerpo de datos observables para el arqueólogo. Es necesario explicar teóricamente esta relación para poder evaluar las posibilidades de que nuestras inferencias sobre la realidad arqueológica corresponda a los procesos sociales que pretendemos analizar (BATE 1998, 48).

No obstante, la especial naturaleza de la información arqueológica no implica la existencia de una teoría arqueológica específica.<sup>4</sup> La arqueología no se distingue de otras disciplinas sociales ni por su objeto ni por su método. El objeto de la arqueología, léase el estudio y análisis de la sociedad como un proceso total, es similar al de otras disciplinas sociales. Su interpretación necesariamente implica la consideración de los diversos aspectos que constituyen la estructura social investigada.

Además, la actual unificación internacional de las relaciones sociales, políticas y económicas dentro de un complejo sistema junto a la necesidad de plantear alternativas a los graves problemas planteados, hacen cada vez más evidente el carácter unitario del objeto de las ciencias sociales.

Por otra parte, la arqueología tampoco se caracteriza por la utilización de procedimientos lógicos exclusivos. Como anteriormente indicamos, la concepción dialéctica de la lógica plantea los mismos principios, categorías, procedimientos inferenciales, problemas de verificación y demostración para el conocimiento de cualquier aspecto del fenómeno social (GOOD, GRANT 1995).

4. En este caso concreto por teoría debe entenderse el conjunto de conceptos y categorías que reflejan las propiedades y regularidades de un determinado nivel de existencia de la materia, y no el desarrollo teórico necesario, y específicamente arqueológico, que debe realizarse para adecuar los principios teóricos generales a las características especiales de la realidad material con la que nos enfrentamos en el proceso de conocimiento.

Las concepciones posibles del conocimiento corresponden a modelos de racionalidad que poseen una relevancia y una extensión que afecta a todo el ámbito cultural. De hecho lo que llamamos *ciencia* no es sino una forma de conocimiento propia de la cultura occidental moderna. Esta es la causa de que el cambio conceptual en las disciplinas científicas esté en estrecha relación con la transformación cultural en general (VICENT 1982). Por tanto, el elemento distintivo de la arqueología es la especial naturaleza del registro arqueológico al que necesariamente hay que adecuar los procedimientos generales.

Precisamente, en la necesaria relación entre los conceptos generales y el registro arqueológico surgen algunos importantes problemas. Por ejemplo, a la hora de reconocer a nivel arqueológico categorías explicativas como la de formación social. El debate sobre la delimitación arqueológica de unidades de análisis se convierte en un elemento básico en la correcta interpretación del proceso histórico.

Frente a esta concepción epistemológica que defendemos, en el debate arqueológico de las últimas décadas, una de las propuestas teóricas de mayor incidencia está relacionada con la llamada arqueología simbólica o contextual. Esta perspectiva se desarrolla a partir de los años 80 en torno a la obra de I. Hodder y sus discípulos de la Universidad de Cambridge. El elemento común denominador de esta propuesta ha sido la crítica a los posicionamientos funcionalistas. En este sentido, el apelativo utilizado para agrupar varias corrientes teórico-metodológicas ha sido el de arqueología postprocesual.

Aunque uno de los problemas principales de la arqueología contextual sería la carencia de un verdadero cuerpo teórico-metodológico (RUIZ RODRÍGUEZ *et al.* 1988, 12), una de sus propuestas básicas, en relación con el trasfondo gnoseológico, vendría dada por la pretendida superación del idealismo-materialismo. Según Hodder: "...la arqueología materialista es, hasta cierto punto, idealista ya que necesariamente implica contar con unas ideas que el investigador supone relevantes. Son ideas que no pueden extraerse de la base material, simplemente proceden de la mente del investigador..." (HODDER 1987a, 23).

En ningún caso coincidimos con esta propuesta. En relación con la afirmación de que las ideas no pueden extraerse de la base material habría que indicar que las categorías explicativas utilizadas por el materialismo histórico hacen referencia a las características objetivas de la realidad que son independientes de la propia conciencia subjetiva, y que en todo momento pueden ser contrastadas en la realidad, y por tanto, verificadas.

En este sentido cuando afirmamos que en todas las sociedades existen procesos productivos en los que intervienen unas fuerzas de trabajo, unos medios de producción y una materia prima, estamos categorizando unas características reales de la materia, extraídas de la base material y no de la mente del investigador como propone Hodder (1990). Por tanto, nuestras afirmaciones sobre el pasado aunque sean abstractas responden a los patrones que presenta la organización de la realidad material.

Con el desarrollo en la década de los 90 de las diversas corrientes teóricas agrupadas bajo el califica-

tivo de arqueología postprocesual estamos asistiendo a un interesante debate centrado en las implicaciones políticas de las diferentes propuestas de interpretación arqueológica. Son las denominadas arqueología del género, indígena, nacionalista etc. Al igual que ocurre con la arqueología contextual estas nuevas perspectivas parten de la negación de la objetividad material de la realidad. La asunción de una posición relativista está provocando la consideración del pasado como algo imposible de conocer objetivamente. El presente es situado en una posición hegemónica sobre el pasado (MURRAY 1996, 57).

Las diversas interpretaciones del proceso histórico son entendidas todas ellas como válidas, resultado de planteamientos ideológicos en competición. Cada historiador, cada individuo es creador de su propia historia en función de sus coordenadas teórico-políticas. Frente a esta posición insistimos en la necesidad de asumir un planteamiento materialista. La caracterización del proceso histórico debe ser entendida como el elemento a partir del cual enfrentar políticamente visiones enfrentadas. La fenomenología arqueológica debe limitar las posibles interpretaciones.

Dentro de este modelo de racionalidad basado, como ya hemos indicado, en la renuncia a toda pretensión de verdad o certeza absoluta la interpretación del proceso histórico es entendida como una forma de instrumentalismo.

Las estrategias metodológicas que se derivan de este postulado son fundamentalmente dos: la primera de ellas es el probabilismo, según el cual es imposible comprobar nuestras teorías y lo único que podemos afirmar es si son o no probables a la luz de la evidencia disponible. Los autores que se enmarcan dentro de este posicionamiento utilizan el concepto de la confirmación, mientras mayor sea el número de casos mayor será el grado de confirmación (GÁNDARA 1982, 137).

La segunda de estas estrategias ha sido definida como falsacionismo. Según esta concepción para que una teoría sea científica, debe ser refutable; cualquier anomalía o dato en contra excluye automáticamente a la teoría. Por tanto, el objetivo del método sería intentar refutar teorías, para ello se utiliza el concepto de la corroboración, que en ningún caso es un criterio de veracidad, aunque permite elegir entre diferentes teorías (GÁNDARA 1982, 137).

Uno de los ejemplos ya clásicos de este tipo de interpretación fue realizado por Hodder en el asentamiento Neolítico de Catal Hüyük en Anatolia,<sup>5</sup> caracterizado por su riqueza simbólica (HODDER 1987b). Tras desarrollar una argumentación relacionada con el estudio de los contextos y las asociaciones estructurales de los diferentes símbolos, así como de sus posibles relaciones con las estructuras de poder concluye de la siguiente forma: "... cada vez que examino los datos o hablo de ellos se me ocurren nuevas ideas y

5. Una de las críticas realizadas a la arqueología contextual, ha sido la de tacharla como una "arqueología de ejemplos" convenientemente buscados y seleccionados para demostrar que la cultura se halla significativamente constituida, siendo la simbología el elemento básico de referencia. Este hecho demostraría a nivel práctico la falta de un desarrollo teórico y metodológico explícito y riguroso (RUIZ RODRÍGUEZ *et al.* 1988, 14-15).

orientaciones. Es más, sería posible una explicación convincente, bajo cualquier otro enfoque, que merezca la pena ser contrastada con los datos. La posibilidad de que la interpretación sobre Catal Hüyük sea cierta deriva de algunas de nuestras muchas presunciones" (HODDER 1987a, 20).

La justificación del relativismo e instrumentalismo como modelo de racionalidad se realiza aludiendo al contexto sociopolítico de los arqueólogos. Como anteriormente indicábamos el desarrollo de las denominadas arqueologías del género, indígena o nacionalista son entendidas como visiones del mundo todas ellas en igualdad de condiciones y no como formas de conocimiento objetivo de la realidad, lo que posibilitaría el enfrentamiento teórico-político desde el reconocimiento materialista de los procesos históricos. Precisamente, la relación existente entre la investigación y la realidad social es el elemento que nos debe servir como exigencia de una creciente científicidad.

Desde la perspectiva metodológica que defendemos y de forma simplificada, la investigación de cualquier proceso histórico comienza con el desarrollo de toda una serie de hipótesis sobre la realidad que se pretende investigar. Estas hipótesis deben partir de un cuerpo teórico-metodológico explícito y del conjunto de información empírica disponible. Esta primera fase de cualquier proyecto es básica e imprescindible. La asunción de una determinada teoría y el conocimiento de sus categorías de análisis, ya sea de forma consciente o inconsciente, se convierte en un elemento de primera magnitud que condiciona el desarrollo de cualquier investigación.

Además, la sistematización de procedimientos lógicos adecuados debe apoyarse en lo que hasta ese momento se conoce sobre la realidad que se desea investigar (LULL 1988, 74-75). No es posible plantearse *cómo* conocer si no se posee ninguna noción sobre *qué* es lo que se busca conocer, o sea, sobre las características del objeto de conocimiento. Intentar documentar toda la información que nos pueda ofrecer un determinado contexto arqueológico sería una tarea, además de imposible, absurda.

El registro arqueológico posee una diversidad infinita de atributos que hace necesaria la selección de aquellos elementos y relaciones que intenten dar respuesta a los interrogantes planteados previamente sobre el proceso histórico que deseamos conocer. Este sería el objeto de lo que se ha denominado como teoría de la observación (GANDARA 1987; ARGELÉS *et al.* 1995) o teoría de la reconstrucción (RUIZ ZAPATERO 1991), es decir, la organización racional de aquellas propiedades, de entre la infinidad existente, relevantes para dar respuesta a los problemas que la investigación plantea desde un posicionamiento teórico concreto. La teorías observacionales serían aquellas que permiten explicar los datos de la observación y su relación con los procesos que son objeto de interpretación desde la teoría sustantiva. Con esta primera fase del proceso de investigación se permite sistematizar racionalmente los problemas que debe resolver la investigación, así como los procedimientos más adecuados para resolverlos.

Desde este punto de partida la investigación continúa mediante el proceso de documentación arqueo-

lógica y ordenación de la fenomenología recuperada para, posteriormente y a partir de toda una serie de mediaciones racionales, conocer las relaciones estructurales y causales esenciales que definen el proceso histórico, y que van a ser utilizadas para generar modelos explicativos de la realidad específica (BATE 1977, 19 y ss.). La secuencia del método de investigación pasa desde los datos empíricos a lo abstracto y de lo abstracto a lo concreto.

El primer nivel, desde los datos empíricos a lo abstracto, consiste en la inferencia de las relaciones esenciales que caracterizan al desarrollo social analizado. Para ello se utilizarían las categorías teóricas de análisis sintetizadas en la categoría de formación socio-económica.

Una de las cuestiones básicas sería inferir las características del sistema de relaciones sociales de producción lo que puede realizarse a través del análisis de los distintos procesos que integran el o los modos de producción y reproducción, es decir, a través de la producción, distribución, intercambio, consumo e ideología.

La relación causal es clara, ya que si llegamos, a través de los datos arqueológicos, a caracterizar estos procesos dispondremos del conocimiento de los aspectos más directamente determinados por las relaciones sociales de producción, con lo que podremos inferir las formas de participación de los grupos sociales en la producción, distribución, intercambio, consumo y reproducción social (ARGELÉS *et al.* 1995, 503). La caracterización de estos procesos debe así mismo convertirse en la clave de la identificación de unidades políticas tanto a nivel sincrónico como diacrónico haciendo, de esta forma, coincidir unidades de análisis arqueológicas e interpretativas.

El segundo de los niveles metodológicos, léase desde lo abstracto a lo concreto consiste en utilizar el conocimiento obtenido mediante la inferencia de las relaciones sociales básicas en el desarrollo de un modelo explicativo de la realidad histórica concreta y de los procesos de variabilidad cultural. En este sentido, habría que analizar las contradicciones generadas desde las relaciones de producción y reproducción de cada formación social y entre formaciones sociales diferentes (BATE 1977, 55).

Obviamente, la complejidad del método es muy superior a la aquí expuesta, caracterizándose por su flexibilidad. Los diferentes niveles metodológicos no deben ser entendidos como compartimentos estanco, sino como elementos en continua interacción. La

intervención en la realidad, por ejemplo, puede descubrir características hasta el momento desconocidas que aconsejen variar la hipótesis de partida o articular nuevos procedimientos metodológicos no considerados en un primer momento. El conocimiento de los procesos que intervienen en la producción y reproducción de las relaciones sociales, igualmente, puede hacernos regresar al comienzo de la investigación para modificar o corregir sus planteamientos iniciales. Además, las conclusiones obtenidas se convierten en un nuevo punto de partida que implementa un nuevo proceso de investigación.

De la forma en que hasta el momento hemos planteado el proceso de investigación debe deducirse un concepto de arqueología como disciplina científica, a diferencia de lo planteado por diferentes autores como Vicent quienes entienden por arqueología la sistemática analítica de la cultura material (VICENT 1982, 11; 1985, 66).

Los conceptos, como hemos repetido en varias ocasiones, deben corresponder a las características objetivas de la realidad. Si entendemos que los aspectos perceptibles de la realidad objetiva, así como las regularidades que la rigen son dos aspectos indisolublemente unidos a la materia como expresión de la realidad, el concepto de ciencia que utilicemos debe corresponder a esta unidad. El registro de la información empírica, el proceso de abstracción racional y la interpretación de la historia concreta son episodios del mismo proceso de investigación. La división de esta unidad del proceso entre disciplinas distintas carece de lógica.

Finalmente, insistimos en que no hemos pretendido ser exhaustivos sino tan sólo plantear algunas reflexiones cuyo único objetivo es reivindicar un necesario debate sobre los fundamentos del proceso de investigación de nuestra disciplina. Entendemos que el análisis de las estructuras de los modelos de racionalidad que utilizamos en nuestras investigaciones puede convertirse en una de las vías para solucionar algunos de los problemas que actualmente tiene planteados la investigación del proceso histórico.

Gonzalo Aranda Jiménez

Universidad de Granada  
Facultad de Filosofía y Letras  
Dpto. de Prehistoria y Arqueología  
Campus Cartuja  
18071 Granada  
E-mail:garanda@platon.ugr.es

## Bibliografía

---

ALTHUSSER 1967

L. Althusser, «La filosofía: arma de la revolución», *Para leer "El Capital"*, (L. Althusser, E. Balibar), México, 1967, 3-215.

ARGELÉS, T. et al. 1995

T. Argelés, A. Bonet, I. Clemente, J. Estévez, J. Gibaja, L. Lumbreras, R. Piqué, M. Ríos, M. Taulé, X. Terradas, A. Vilá y C. Wünsch. «Teoría para una praxis. Splendor 'realitatis'», *Trabalhos de Antropologia e etnologia*, 35-1, *11 Congreso de Arqueología peninsular (Porto, 12-18 de Octubre 1993)*, Porto, 1995, 501-507.

BATE 1977

L. F. Bate, *Arqueología y materialismo histórico*, México, 1977.

BATE 1982

L. F. Bate, «Relación general entre teoría y método en arqueología», *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*, Reimpresiones de Antropología Americana, México, 1982, 3-51.

BATE 1998

L. F. Bate, *El proceso de investigación en arqueología*, Barcelona, 1998.

BUTZER 1989

K. Butzer, *Arqueología. Una ecología del hombre: Método y teoría para un enfoque contextual*, Barcelona, 1989.

GÁNDARA 1982

M. Gándara, «La vieja nueva arqueología», *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*, Reimpresiones de Antropología Americana, México, 1982, 59-161.

GÁNDARA 1987

M. Gándara, «Teorías de la observación en arqueología», *Boletín de Antropología americana*, 15, México, 1987.

HODDER 1987a

I. Hodder, «La arqueología en la era postmoderna», *Trabajos de Prehistoria* 44, 1987, 11-26.

HODDER 1987b

I. Hodder, «Contextual archaeology. An interpretation of Catal Hüyük and a discussion of the origins of agriculture», *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 24.

HODDER 1990

I. Hodder, «El debate español sobre la arqueología contextual» (recensión de *La arqueología contextual: una revisión crítica*, Ruiz et al., 1988), *Trabajos de Prehistoria*, 47, 1990, 375-379.

LULL 1988

V. Lull, «Hacia una teoría de la representación en arqueología», *Revista de Occidente*, 81, 1988, 62-72.

MURRAY 1996

T. Murray, «From Sydney to Sarajevo. A centenary reflection on archaeology and European identity», *Archaeological Dialogues*, 3-1, 1996, 56-70.

PRETEL 1994

D. Pretel, *De la «filosofía del marxismo» a la filosofía de Marx*, Publicaciones para el Debate, Barcelona, 1994.

RUIZ RODRÍGUEZ et al. 1988

A. Ruiz Rodríguez, T. Chapa Brunel y G. Ruiz Zapatero, «La arqueología contextual. Una revisión crítica», *Trabajos de Prehistoria*, 45, 1988, 11-17.

SHARER, AASHMORE 1979

R. Sharer, W. Ashmore, *Fundamentals of Archaeology*, California, 1979.

RUIZ ZAPATERO 1991

G. Ruiz Zapatero, «Teoría y metodología en arqueología», *XX Congreso Nacional de Arqueología*, Santander, 25-28 de septiembre de 1989, Zaragoza, 1991, 5-21.

VICENT GARCÍA 1982

J. M. Vicent García, «Las tendencias metodológicas en prehistoria», *Trabajos de Prehistoria*, 39, 1982, 9-54.

VICENT GARCÍA 1985

J. M. Vicent García, «Un concepto de metodología. Hacia la definición epistemológica de la prehistoria y la arqueología», *Actas de las II jornadas de metodología y didáctica de la historia*, Cáceres, 14-16 de diciembre de 1981, Cáceres, 1985, 55-72.

WOODS, GRANT 1995

A. Woods, T. Grant, *Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*, Fundación Federico Engels, Madrid, 1995.